

Julio Ramón Ribeyro

Cuando no sea más que sombra

Solamente el azar condujo a tres irresponsables como nosotros hasta ese enorme, apacible y sombrío departamento de la *Place de la République* donde, con toda seguridad, no había penetrado ningún forastero desde la guerra del catorce. Si madame Dufour y su hija Jeannette no hubieran estado necesitadas de dinero jamás habrían recibido como inquilinos a Paco, que traía por todo bagaje un paquete de partituras; a Jorge, que cargaba una maleta con alambres y tenazas; y a mí, que sólo llevaba mi vieja máquina de escribir. Los tres habíamos llegado en bicicleta de una larga temporada en la costa bretona y buscando donde alojarnos vimos el anuncio en la vitrina de una panadería: «Damas alquilan cuartos a estudiantes». Con respecto a las damas cabe precisar que madame Dufour tenía noventa y cuatro años y que su hija Jeannette pasaba de los sesenta.

Los primeros días nos sentimos incómodos y deprimidos en esas habitaciones mohosas que tenían los muebles, el piano, los espejos forrados, donde todo estaba forrado, hasta las viejas, que se metían periódicos debajo del escote y motas de lana bajo el pañuelo de la cabeza. Madame Dufour no salía casi nunca de su alcoba y Jeannette, soltera y probablemente virgen, recorría como un espec-

tro los pasillos envuelta en una bata floreada y recibía a una tercera vieja que hacía las compras y cocinaba la sopa.

Por ello, Paco, Jorge y yo, durante el día, optamos por sacar nuestras bicicletas de la *cave* para dar largos paseos por las afueras de París o nos íbamos a pie por las calles del Barrio Latino en busca de mujeres guapas, libros raros, tabernas animadas, panoramas insólitos, en fin, todo aquello que podía alimentar nuestra exigente inspiración. Anochecíamos en los cafés y llegábamos a casa excitados, con magníficos proyectos, pero apenas veíamos los muebles enfundados, apenas respirábamos el polvo envejecido, apenas sentíamos el ronquido de las viejas, nuestro entusiasmo se desvanecía y nos enterrábamos en nuestras camas para entregarnos a un sueño lleno de esterilidad.

Eso, naturalmente, no podía seguir así y Paco, que tenía la cabeza plena de acordes, obtuvo un día el permiso de madame Dufour para quitarle la funda al piano de la sala. Allí empezó la corrupción de este honorable lugar. Jorge, envalentonado, se apoderó del desván y encontró arrumadas mil antiguallas útiles a la construcción de sus móviles y esculturas y yo, estimulado por este ejemplo, comencé a teclear mi máquina con la tenacidad de un mecanógrafo de notaría.

Las viejas se alarmaron, pero nosotros les compramos con nuestros francos el derecho de vivir en la anarquía. Ambas huían espantadas cada vez que Paco se desmelenaba sobre el teclado para lanzarse, como él decía, *à la recherche de l'atonalité* o cuando Jorge convertía a martillazos un humilde y perfecto péndulo de reloj en un disparate plástico, al que llamaba «forma liberada, dinámica y en expansión». Poco a poco, las viejas, por la fuerza de las cosas, fueron cediendo más terreno y terminaron por confinarse, en su propia casa, a ocupar el menor espacio posible.

Probablemente nos odiaban, pero tenían que soportarnos. Largas semanas convivimos, procurando vernos lo menos posible. Por lo pronto con madame Dufour jamás hablábamos. Sólo Jeannette nos dirigía a veces veladas amonestaciones, nos recordaba que le debíamos el alquiler o nos dejaba escuchar parte de alguno de sus monólogos.

Ya estábamos acostumbrados a verla aparecer algunas noches por los corredores, con una palmatoria en la mano, murmurando:

—*Quand je ne serai plus qu' ombre!*



Así pasaban los días hasta que madame Dufour enfermó o seguramente empeoró, ya que desde nuestra llegada pasaba la mayor parte del tiempo en la cama. Nos lo dijo Jeannette y nos lo confirmó la vieja de la sopa. Padeía de un estreñimiento feroz, pues hacía doce días que no utilizaba su bacín.

Nosotros no le dimos mucha importancia a esta indisposición, pero como corría el tiempo y el bacín continuaba vacante y Jeannette procuraba a su madre sólo pócimas ineficaces decidimos intervenir.

—Debe llamar al médico —sugirió Paco—. Una retención de dos semanas no es precisamente lo normal.

Jeannette protestó. Los médicos, en su opinión, eran unos charlatanes o unos pervertidos que solamente buscaban ver en camisón a las mujeres. A lo único que atinó, luego de muchas súplicas, fue a correr con los gastos de un purgante. Ella misma fue a comprarlo, pues la vieja de la sopa estaba de permiso. Esto constituyó una memorable expedición. Desde la ventana la vimos arrastrarse por la *Place de la République*, aterrorizada por el tránsito de mediodía, perdida entre el gentío, en busca de la cruz verde de una farmacia parisina.

Una hora después subía jadeante los seis pisos de la casa. Le administró el purgante a su madre a la una de la tarde y a las seis madame Dufour estaba completamente muerta.



Esta muerte no nos sorprendió mucho, dado que para nosotros madame Dufour había estado siempre un poco muerta. En todo caso había accedido a un segundo grado de mortandad mucho más soportable que el primero: se le velaría, se le enterraría y allí termi-

naría todo. Pero Jeannette parecía no haber previsto nada. Estuvo toda la noche al lado de la muerta mirándola estúpidamente, sin llorar, y al amanecer se sentó en un banco de la cocina, encendió su palmatoria y repitió mientras pasaban las horas del día:

—*Quand je ne serai plus qu'ombre!*

Para desgracia nuestra la vieja de las compras había prolongado su permiso más de lo autorizado. Tal vez estaba enferma o muerta por otro lugar. Nosotros habíamos interrumpido nuestro trabajo, más por cierto malestar frente a la muerte que por una verdadera aflicción. Francamente, nos molestaba que hubiera un cadáver tendido en una cama con la boca abierta y que en la cocina hubiera otro medio cadáver con una bujía en la mano.

A los dos días del deceso le pregunté a Jeannette si pensaba hacer algo con la muerta.

—¿Con qué muerta?

—Con su madre.

Jeannette sonrió, me hizo un guiño malicioso, se puso de pie y trazó un grotesco e incompleto paso de *minuet*.

—*Vive la liberté!* —exclamó dirigiéndose a su dormitorio. La seguí intrigado.

—Si viene, háganlo pasar a la sala —agregó—. Sírvanle un vermouth y díganle que lo espero aquí.

—¿Si viene quién?

—Paul.

Y sin añadir más cerró la puerta de su alcoba con cerrojo.

✱

Mientras tanto, la muerta seguía tirada en su cama.

—Hay que hacer algo con ella —propuso Jorge—. No tarda en comenzar a apestar. Tal vez debemos llamar a los bomberos.

—Nada de bomberos —dijo Paco—. Esto lo arreglamos nosotros. Haremos como hicieron con mi abuela.

Los tres penetramos en el aposento de madame Dufour. Hedía un poco, es verdad, pero soportablemente, quizás porque en ese

cuerpo escuálido no había mucha materia corruptible. Paco apartó la ropa de cama dejando el cadáver al descubierto. Madame Dufour estaba vestida con su traje negro de diario. Con mucho esfuerzo se lo quitamos, pero debajo de éste había un segundo traje y debajo un tercero. Al fin nos encontramos con una especie de camisón in-mundo.

—¿Le sacamos también el camisón? —pregunté.

—Todo —ordenó Paco—. A los muertos hay que dejarlos calatos.

La operación era desagradable, pero honesta y completamente justificada. Para sorpresa nuestra, el camisón estaba tan pegado al cuerpo con el uso y la mugre que quitárselo hubiera equivalido a despellejarlo.

—Habría que meterla a la tina —indicó Paco.

La tina, por falta de empleo, estaba llena de tierra. Tuvimos que empezar por lavarla. Cuando estuvo limpia abrimos el caño, cargamos a madame Dufour por los hombros y las piernas y la metimos en la bañera. Luego nos fuimos a fumar un cigarrillo a la sala. Cada cierto tiempo Paco iba al baño para verificar si el agua producía sus efectos. Al tercer o cuarto cigarrillo vino y nos dijo:

—Ya el camisón se está desprendiendo.

En efecto, el vuelo del camisón, abandonando la piel, trataba de subir a la superficie y formaba globos de aire. La sacamos de la tina y la desnudamos sobre el piso. Paco la secó con una toalla.

Cuando la pusimos sobre el lecho comenzamos a buscar algo con qué amortajarla. No encontramos ninguna sábana limpia. Las cortinas eran demasiado gruesas. En el ropero de madame Dufour sólo había colgadores vacíos y pilas de sombreros viejos. Al fin Paco hizo en un cofre un hallazgo extraordinario: un frac verde de domador, un poco apolillado, pero que conservaba aún el ribete dorado de sus solapas.

—Esto nos viene de perilla —opinó—. Ahora recuerdo haber oído decir que el marido de madame Dufour trabajaba en un circo.

Una vez embutida en el frac, madame Dufour adquirió un aspecto particularmente siniestro. Para disminuir nuestra aprensión le cubrimos la cara con un trapo de fregar. Luego fuimos al dormi-

torio de Jeannette para pedirle instrucciones. En realidad, ya habíamos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance.

—¡Ya está amortajada! —gritó Paco a través de la puerta—. ¡Avise a las pompas fúnebres o a quien sea! ¡Nosotros ignoramos los usos de la ciudad!

—¿Ya llegó? —preguntó Jeannette desde el interior.

—¡Salga usted y déjese de preguntas!

—No estoy arreglada.

—¡Qué se vaya al diablo! —continuó Paco—. Lo que quiere es que nosotros carguemos con el muerto.

—Esperaremos —propuse—. Hace dos días que no come nada. Por lo menos el hambre la obligará a salir.



En la sala pasamos largas horas discutiendo, mientras avanzaba la noche. La estufa de carbón se había apagado. Paco sostenía que el artista debería ser inhumano. Aquel que cedía al sentimentalismo estaba condenado a ocuparse del prójimo toda su vida y no tendría tiempo para el verdadero trabajo creador. Rousseau había enviado a sus hijos al orfanato para poder escribir el *Emilio*; Rilke abandonaba a mujeres en llanto para encerrarse en una torre y componer las *Elegías de Duino*; si Bocaccio se hubiera dedicado a socorrer a los apesados de Florencia no tendríamos ahora el *Decamerón*...

De pronto Paco enmudeció para señalar con el dedo tembloroso el corredor. Una espantosa figura había surgido en el umbral. Mientras dudábamos sobre la naturaleza de esa aparición sentimos un verdadero terror. Al fin caímos en la cuenta de que aquel espantapájaros no podía ser otra cosa que Jeannette. Se había pintado los labios, tenía en la cabeza una corona de azahares de papel y vestía un amarillento traje largo que muy bien podía haber sido un traje de novia.

—¿Todavía no ha llegado? —preguntó.

Como su paso era inseguro, Jorge se puso de pie y la sostuvo del brazo. Yo lo ayudé a llevarla hasta un sofá.

—Todavía no —le dije, guiñándoles un ojo—. Pero ya no tarda. Ya no tarda en llegar.

—¿Pero, de quién hablan? —preguntó Paco sentándose ante el piano.

En ese momento sonó la campanilla de la puerta. Jeannette intentó ponerse de pie.

—¡Allí está, ya viene!

Jorge corrió a abrir la puerta y quien apareció fue la vieja de la sopa con su paraguas negro empapado, su sombrero negro y una enorme bagueta de pan bajo el brazo.

Durante un rato quedó observándonos perpleja.

—¡Ah, no! —estalló—. ¿Qué comedia es ésta? ¡Aprovechadores, haraganes! ¿Por qué no encienden la estufa? ¡La casa está helada! Y tú, Jeannette, ¿qué haces con ese disfraz? ¿Quién te ha vestido así? Ven conmigo. ¡Dejemos solos a estos salvajes!

—¡Un momento! —intervino Paco—. Guárdese sus insultos y escúcheme. Madame Dufour hace tres días que ha muerto y la pobre Jeannette, como usted verá, está a punto de seguirle los pasos.

La vieja miró a Paco incrédula, dejó caer su paraguas, tiró la bagueta sobre un canapé y se dirigió trotando hacia el cuarto de madame Dufour. Nosotros aguzamos el oído y escuchamos primero el silencio, después un grito sofocado y por último la caída de un cuerpo sobre el parquet.

—¡Otra vieja que se nos derrumba! —exclamó Paco y avanzó por el pasillo, seguido por nosotros. La vieja de la sopa estaba extendida de espaldas, a dos pasos de la cama de madame Dufour.

Paco se agachó, le tomó el pulso, le jaló el párpado para observarle la pupila, aplicó el oído sobre su pecho y volviéndose hacia nosotros hizo un gesto con la mano como para dar a entender que todo había terminado.

—No tienes pruebas —objetó Jorge—. Hagamos algo. Démosle un poco de sales.

—Sí, sales —masculló Paco, levantándose—. Pero, ¿dónde hay sales? Además, ¿qué cosa son las sales? Después de todo, como se dice, ha pasado a mejor vida.

Cargándola la puso al lado de madame Dufour y le cruzó los

brazos sobre el pecho. La auscultó una vez más y regresamos a la sala.

Jeannette seguía sentada en su sofá, mirando fijamente la puerta de calle. Paco volvió a sentarse ante el piano y empezó esta vez a tocar una marcha fúnebre.

—Creo que deberíamos cerrar ese piano —dijo Jorge—. Esto no puede quedar así. Un muerto pasa, pero dos ya no. Lo mejor sería llamar a la policía.

—¿Quieres meternos en un lío? Mientras se esclarece el asunto nos tendrán encerrados un mes en la comisaría.

Jeannette, atraída por la música, se puso de pie y trató de acercarse a Paco, sonriente, embelesada. Pero debía encontrarse muy débil, pues trastabilló y para no caer se aferró a la caja del piano.

—¡Que no interrumpa mi sonata! —chilló Paco—. Denle un poco de sopa y llévenla a su cama.

Entre Jorge y yo cogimos a Jeannette de ambos brazos y la remolcamos hasta su dormitorio. Ella se debatía con vigor, al punto que perdió su corona de papel. Al fin logramos tumbarla en su catre.

—Tiene que comer algo —dijo Jorge y se dirigió a la cocina para prepararle un concentrado de carne.

—No ha venido —musitaba Jeannette—. *Mon cher Paul!* Tampoco ha venido hoy día.

—Ya vendrá —le dije—. Debe tener paciencia.

—Sí, vendrá, ya lo sé, pero vendrá cuando yo no sea más que sombra.



Cerca de medianoche estábamos otra vez reunidos en la sala, escuchando a Paco. Su marcha fúnebre, insensiblemente, se había convertido primero en un blue, después en un bolero, enseguida en un fox-troll y por último en un jazz desenfrenado que nos puso en un estado cercano al paroxismo. Jorge daba botes en su sofá mientras Paco, doblado sobre las teclas, abandonando el jazz, hacía

derivar su largo *pot-pourri* hacia una estridente improvisación atonal que hizo temblar las repisas llenas de *bibelots*. Al fin hizo una larga escala con el pulgar y tiró la tapa del piano.

—Vamos a ver qué pasa con nuestras muertas —dijo—. ¿No creen que también debemos amortajar a la viejita de la sopa? Allí en el cofre de madame Dufour debe haber otro frac o por lo menos una malla de equilibrista.

Lo dejamos ir a la cámara mortuoria, mientras intentábamos reavivar el fuego de la estufa. Paco apareció a los pocos segundos.

—¡Increíble! ¡Esa vieja canalla ha desaparecido!

—¿Cuál? —preguntó Jorge.

—La vieja de la sopa.

Corrimos al cuarto de madame Dufour. En efecto, había sólo un cadáver sobre la cama. Pero ya la puerta del baño se abría.

—¡Puercos, cabezones, los denunciaré a la justicia! —gritaba la vieja mientras se secaba la cara con una toalla—. ¿Me han dado por muerta, no? ¡Y todavía celebraban el acontecimiento con ese maldito piano! A ver, díganme, ¿qué ha pasado con madame Dufour? ¿Quién le ha puesto ese ridículo frac?

—Vayamos por partes —contestó Paco—. Primo: nadie la ha dado por muerta. Era solamente una hipótesis. Segundo: mi sonata...

—¡Charlatán! ¡Charlatán! —gritó la vieja—. No entiendo lo que dice. ¡Díganme sólo cómo ha muerto madame Dufour!

—Jeannette le dio un purgante —contesté.

—¿Es verdad? ¿Qué purgante?

—Una cosa negra en un pomo —dijo Paco—. Una especie de aceite, a lo mejor de camión.

La vieja se dejó caer sentada en un canapé.

—¡Ay, ay, ay! —con las manos se daba golpecitos en los cachetes—. ¡Ay, ay, ay! ¡Ya me lo tenía! ¡Esto tenía que suceder! ¡La ha matado! ¡Es una asesina!

—Aquí no hay asesinos —intervino Paco—. ¿No se da cuenta de lo que dice?

—¡Ay, ay, ay! ¡La ha matado porque no la quería dejar casarse!

¡Pobre madame Dufour! ¡No quería que su hija se casara con monsieur Paul! Hizo que Jeannette rompiera con él durante la guerra.

—¿Qué guerra? —preguntó Jorge.

—La Gran Guerra, ¿cuál va a ser? La del mariscal Foch. ¡Por eso no la quería, por eso la tenía abandonada, tirada todo el día en su cama!

—Eso es una grave imputación —dijo Paco—. Interrogaremos a Jeannette.

—No —dijo la vieja de la sopa poniéndose de pie—. Yo hablaré con ella. Yo sé cómo se deben decir las cosas. ¿Dónde está?

—La hemos llevado a su cuarto y le hemos dado una taza de caldo.

La vieja de la sopa se encaminó al dormitorio de Jeannette.

—Esto comienza a ponerse interesante —dijo Paco—. ¿Y si de verdad la ha matado? ¿Y si aquí ha habido un crimen con premeditación y alevosía?

La vieja de la sopa reapareció lívida.

—¡No está en su cuarto!

—Imposible —dijo Jorge—. Si yo mismo la he acostado.

—Vengan a ver.

Los tres la seguimos. La cama de Jeannette estaba vacía y destendida y en el velador la taza de caldo intacta.

—Tal vez se ha ido al cuarto de la finada —sugirió Jorge.

Pero en la alcoba de madame Dufour sólo estaban la muerta y tres moscas gordas y negras que zumbaban junto a la ventana. En vano buscamos en el baño, en el desván, por último en la cocina. No había trazas de Jeannette.

—Esto es absurdo —dijo Paco—. Si se hubiera ido a la calle la habríamos visto pasar por la sala.

La vieja de la sopa se persignó.

—¡Santo dios! ¿Qué maldición ha caído en esta casa? ¡Esto es cosa de brujos! ¿De qué país son ustedes? ¿De qué religión?

—¡Basta de preguntas! —la interrumpió Paco—. A lo mejor la pobre Jeannette se ha salido por una ventana y está caminando por las goteras. Después de todo su papá era artista de circo. ¿Sigue

lloviendo? Voy a sacar mi impermeable para hacer una inspección por los tejados.

Paco fue a su dormitorio, mientras la vieja de la sopa se ajustaba su sombrero y buscaba su paraguas.

—Yo me voy —dijo—. No quiero saber nada de nada. Aquí me voy a volver loca. No sé qué clase de gente son ustedes. ¡Arréglenselas como puedan!

Pero ya Paco reaparecía sofocado.

—¡La encontré! Ayúdenme a desalojarla. ¡Está metida en mi cama!

Jeannette, con su traje de novia, se había refugiado en la cama de Paco, cubierta con las cobijas hasta la cintura. Apenas nos vio entrar nos observó uno a uno, levantó un brazo magro enguantado y lo extendió hacia Paco.

—*Viens, mon cher, viens!* ¡Tanto tiempo esperándote! *Viens!*

—¡Mujerzuela! —chilló la vieja—. ¿No tienes una pizca de pudor? ¿Qué escenas son éstas? Y además, ¿qué has hecho con madame Dufour?

—¡Quiero engañar a Paul! —gritó Jeannette y se cubrió la cara con las sábanas—. ¡Quiero engañarlo con el pianista!

—Yo no me muevo de aquí hasta que esta mujer no salga de mi cama —protestó Paco—. No me van a obligar a compartirla con una persona de edad provectora.

Me acerqué a la cabecera de la cama y traté de persuadir a Jeannette de que se levantara.

—¡Nunca! —gritó sin descubrir la cara—. ¡De aquí salgo violada o muerta!

—¡Prefiero la castidad! —bramó Paco—. ¡Salga usted de aquí o la saco a empellones!

—¡Así no se trata a una dama! —le increpó la vieja de la sopa—. ¡Es usted un energúmeno!

—¡Cállate tú, bruja! —terció Jeannette—. ¡Fuera de aquí, vieja vaca! ¡Que se lleven a esta cerda! ¡Vieja puta, no quiero verla, mátenla!

—¡Ay, ay, ay! ¡Insultarme a mí, que quiero ayudarla! ¿No digo

que es una asesina? ¡Ha matado a madame Dufour y ahora quiere que me maten a mí!

—Yo sostengo que aquí no hay asesinos —intervino Paco—. Pero dentro de un minuto habrá uno si Jeannette no sale de mi cama o si usted no desaparece de aquí.

—Eso es lo que voy a hacer —convino la vieja—. Ya no quiero saber nada de nada. ¡Que se muera, que reviente esta mujerzuela! ¡Y váyanse todos al diablo, que se les caiga el techo, que se los coman las ratas!... Y encima voy a perder el último metro.

A paso ligero se dirigió hacia la puerta de calle. La seguí hasta la sala.

—Pero tiene usted que hacer algo —le rogué—. ¿Estas señoras no tienen familia?

—Solamente el primo, el primo que vive fuera de París. Pero hace treinta años que no se ven. No sé si podré avisarle.

Y cogiendo su paraguas como una espada salió tirando la puerta.

Paco apareció en la sala seguido de Jorge.

—Tienes razón —decía—. No puedo sacarla a la fuerza. Si a Jeannette le gusta mi cama, que se quede en ella. Pero, ¿dónde voy a dormir yo?

Jorge le sugirió que con madame Dufour. Era un lecho amplio, matrimonial.

—Lo haría —dijo Paco—. No me asustan los muertos. Pero ya comienzan a llegar las moscas. Esos animales me dan asco.

—Pues en el cuarto de Jeannette —dije.

Paco dio una palmada.

—¡Eso! Se trata así de una represalia. Si ella coge mi cuarto, yo me agarro el de ella. Para que aprenda, esta pícara. ¿Ustedes no se van a acostar?

Jorge y yo teníamos hambre y resolvimos preparar unos spagettis. Paco se desperezó y se fue a dormir al cuarto de Jeannette.

Mientras Jorge ponía el agua a hervir, hice un pequeño recorrido por la casa. Madame Dufour seguía rígida, pero las moscas se habían multiplicado: eran ahora una veintena las que zumbaban

sobre el trapo que cubría su cara. Jeannette se había quedado dormida, doblada sobre un cojín, en la cama de Paco. Y Paco, echando al suelo la ropa de cama inmundada de Jeannette, se había tirado vestido sobre el colchón y roncaba cubierto con su impermeable.

Pasada la medianoche, Jorge y yo terminamos de cenar en la cocina. Como quedaba media botella de vino nos instalamos en la sala con nuestras copas. Jorge decía que si tuviera material haría una mascarilla mortuoria de madame Dufour, era un rostro interesante, un perfil típicamente galo que se había conservado a través de revoluciones y regicidios, desde la época merovingia, como la efigie de una moneda antigua...

—Espera —lo interrumpí—. Creo que alguien sube las escaleras.

Unas pisadas lentas, cortadas por largos silencios, venían del exterior.

—Debe ser esa maldita vieja que se olvidó de algo —dijo Jorge—. Claro, allí está su bagueta.

Al poco rato sentimos un quejido tras la puerta. Jorge se dirigió a ella y cuando la abrió se desplomó en la sala, más que entró, un anciano que llevaba un periódico abierto y húmedo sobre la cabeza. Entre los dos lo sujetamos de los brazos y lo condujimos a un sillón. Jorge le alcanzó un poco de vino.

—Gracias, gracias —masculló el viejo—. Estoy empapado. ¡Venir desde la Puerta de Champerret y con lluvia! Tuve que caminar cuerdas y cuerdas para encontrar un taxi.

—¿Es usted el señor Dufour? —pregunté.

—El mismo, Paul Dufour, sobrino de la difunta. El taxi me costó treinta francos con sesenta centavos. Pero mi obligación era venir. Los lazos familiares, por flojos que estén, se hacen patentes en los momentos de desgracia. ¡Pobre mi tía Angelique! ¿Puedo verla? La señora Camille me avisó por teléfono hace una hora.

—Lo acompaño —dijo Jorge, poniéndose de pie.

—No, gracias. Conozco bien la casa, a pesar de que no vengo hace ya tantos años. Además, prefiero afrontar solo este reencuentro con mi tía, que equivale a un diálogo con la muerte.

Jorge y yo volvimos a tomar asiento, mientras el viejo se perdía por el corredor.

—Este viejo habla como en las novelas de Colette —comenté, cuando sentimos un alarido en las habitaciones interiores.

—¡Auxilio! —gritaba Paco—. ¡Auxilio!

Al poco rato entró despavorido a la sala. Lo seguía monsieur Dufour, desconcertado.

—¡Es él! —exclamó Paco señalándolo—. ¡Espantosa aparición! Me ha querido estrangular. Yo estaba en la cama de Jeannette, soñando, cuando sentí...

—Disculpe —lo interrumpió monsieur Dufour—. Ha sido un lamentable equívoco.

—Pero, ¿quién es este viejo? —prosiguió Paco—. ¿De dónde lo han sacado? ¿Y por qué me agarraba el cuello?

—Es el sobrino de madame Dufour —dijo Jorge.

—Mil perdones —repitió el viejo—. Pero entonces, ¿Angelique ha cambiado de cuarto?

—Es el del fondo —dijo Jorge.

El viejo volvió a salir deshaciéndose en excusas y Paco, repuesto de su pavor, se desplomó en un sillón.

—¿Se imaginan? Abrir los ojos en la penumbra y ver un tipo desconocido que te echa el aliento en la cara y te toca la garganta con intenciones más que sospechosas. ¡Pensé que era Jack el Destripador!

—Un momento —dijo Jorge—. Alguien está llorando. ¿No oyen?

Del cuarto de madame Dufour llegaba un gemido. Propuse ir a ver qué pasaba, pero Paco se opuso.

—No interrumpamos sus expansiones familiares. Dejémoslo solo con su tía. ¿No habían hablado de unos spagettis?

Jorge dijo que quedaba un poco en el fondo de la olla. Cuando Paco se puso de pie para ir a la cocina nos percatamos de que los sollozos habían cesado en el cuarto de madame Dufour.

—Sospechoso —dijo Paco—. Jorge, ahora te toca ir a ti.

Mientras yo acompañaba a Paco a calentar los spagettis, Jorge fue a investigar. Al momento reapareció.

—¡Vengan! ¡Está tumbado en la cama! ¡No responde!

—A mí que no me vengan con cuentos —dijo Paco—. Debe haberse quedado dormido.

No obstante fuimos a verlo. El primo estaba tendido de bruces sobre las rodillas de madame Dufour. Paco lo volteó para observarlo. Estaba lívido, con los ojos vidriosos y la boca espumante. Cuando Paco le tomaba el pulso, Jeannette hizo su aparición, con su bujía en la mano. Al distinguir al viejo dejó caer su palmatoria y soltó un grito:

—¡Paul, Paul!

Apartándonos se precipitó sobre su primo.

—*Paul, cheri!* ¡Al fin has regresado! ¡Mamá ya no podrá oponerse! ¿Me escuchas? *Oh, j'ai languis pendant trente ans en t'attendant, mais je savais que tu finirais pour revenir a moi...!* Pero, ¿qué pasa? ¿Por qué no responde?

—¿No se da cuenta? —dijo Paco—. Su primo ya no pertenece al mundo de los vivos. Como dicen ustedes en su endiablada lengua, *son coeur a laché*.

—*Oh, le mien aussi lachera!* —exclamó Jeannette abrazando el cadáver del viejo—. ¡Fuera de aquí, extranjeros, ya no necesito de ustedes, a la calle, salgan!

—¡Algo se quema! —gritó Jorge.

El fuego de la palmatoria había inflamado la alfombra y una lengua sutil, reptando por el paño seco, había alcanzado el borde de la cortina que se alumbró instantáneamente y contagió al visillo. Una lluvia de chispas cayó sobre la cama encendiendo la colcha.

—¡Trae agua del baño! —gritó Paco.

Corrí al baño y busqué en vano una palangana o un balde. Sólo vi un vaso de plástico y llenándolo en el caño regresé.

El cuarto de madame Dufour ardía ya por sus cuatro lados. Jorge había huido hasta la puerta, mientras Paco se esforzaba por arrancar a Jeannette de las llamas.

—*Je veux mourir dans la pire de l'amour! Lachez-moi! C'est le coeur de Paul qui m'embrasse!*

—¡Vieja loca!, ¿vas a venir? Expongo mi vida por ti y tú...

Pero no continuó: de la colcha el fuego se propagó a su pantalón

y dando de chillidos salió disparado hacia el baño para envolverse la pierna con una toalla mojada. Jorge y yo estábamos en la sala.

Paco se nos unió, con el pantalón chamuscado.

—¡Vámonos de aquí! —gritó—. ¡A la calle! ¡Esta casa es el mismo infierno!

Cada cual cogió de su cuarto lo que pudo y descendimos corriendo las escaleras. De la *cave* sacamos nuestras bicicletas y salimos del edificio. En la calzada había ya un grupo de curiosos que miraba el resplandor rojizo del sexto piso y que nos abordó para interrogarnos.

—¡Es un incendio! —dijo Paco—. ¡Y dos muertos! ¡O tres! ¡Llaman a los bomberos!

El cuartel debía estar cerca, pues cuando logramos atravesar la *Place de la République* y tomamos el primer bulevar que conducía hacia la Estación del Norte, escuchamos el sonido de las sirenas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jorge.

—¡A la mierda! —respondí.

—¡En ese letrero dice Bruselas! —nos indicó Jorge.

—Es lo mismo —respondió Paco.